

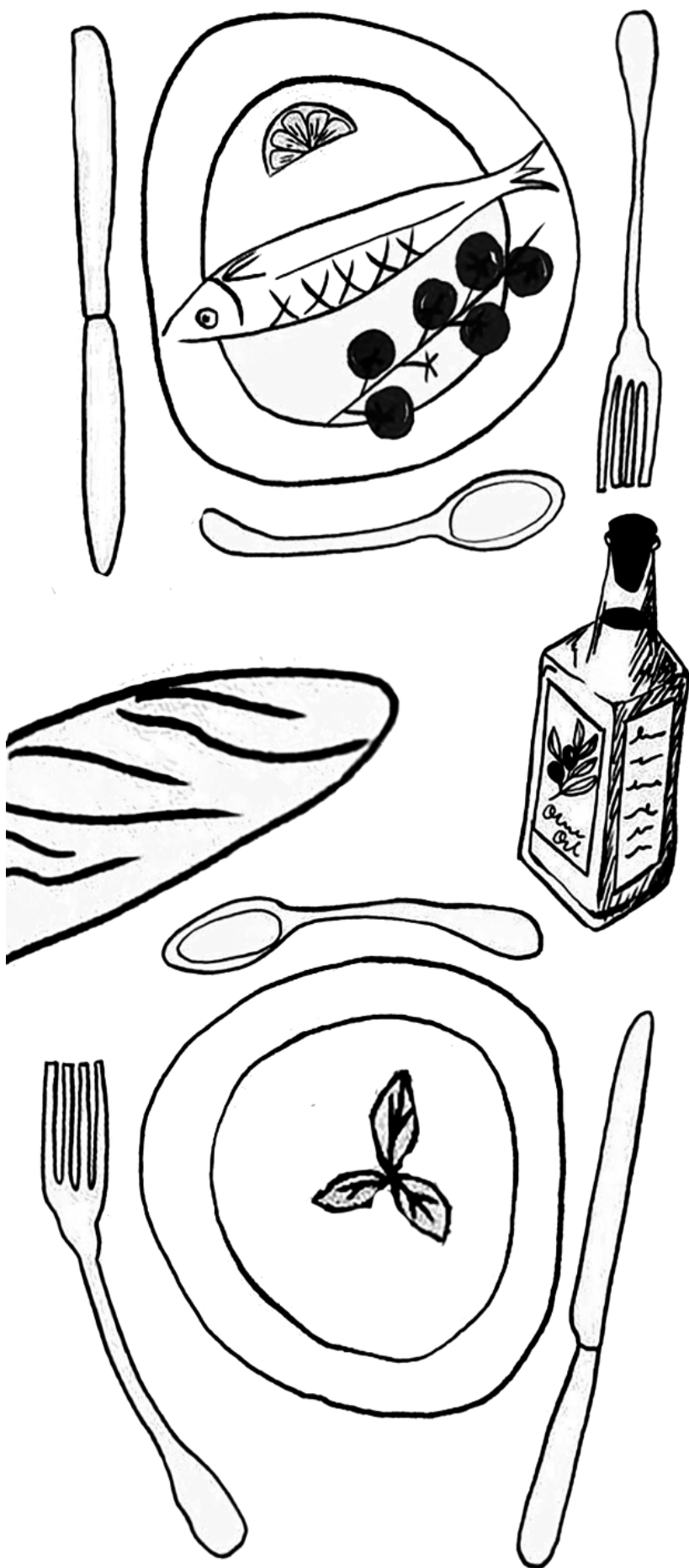
COMPARTID

Por Benjamín González Buelta, S.J.

«Haced esto en memoria mía».

Compartid el pan,
el vino y la palabra.

Cuando el fracaso
parezca desmembrarlo todo,
cada persona, cada grupo,
como cuatro caballos al galope
tirando del vencido
hacia los cuatro puntos cardinales,
cuando el hastío
vaya plegando cada vida aislada so-
bre sí misma,
contra su propio rincón, pegadas las
espaldas
contra muros enmohecidos,
cuando el rodar de los días
arrastrando confusión, estrépito y
consignas,
impida escuchar
el susurro de la ternura
y el pasar de la caricia,
cuando la dicha
te encuentre
y quiera trancar tu puerta
sobre ti mismo,
como se cierra en secreto una caja
fuerte,
cuando estalle
la fiesta común
porque cayó una reja
que apresaba la aurora,
amanece más justicia,
y la solidaridad crece,
reuníos y escuchad,
compartid el pan, compartid el vino,
dejad brotar la dicha común y sustancial,
el futuro escondido
en este recuerdo mío
inagotablemente vivo.



✝ **San Salvador de Bayamo y la breve historia de una imagen**

Por David Pavón

✝ **Procuren el alimento que dura para la vida (Juan 6, 24-35)**

Por Marlina Jiménez, ECR

✝ **“No concibo una Cuba sin Dios”
Entrevista al párroco de Esmeralda**

Por Rachel S. Díez

SANTORAL

D 4: San Juan Bautista María Vianney / **L** 5: Dedicación de la Basílica de Santa María / **M** 6: Transfiguración del Señor / **Mi** 7: San Sixto II y Compañeros Mártires / **J** 8: Santo Domingo de Guzmán / **V** 9: Santa Teresa Benedicta de la Cruz / **S** 10: San Lorenzo

6 de agosto, Fiesta patronal de la diócesis de Bayamo-Manzanillo

San Salvador de Bayamo y la breve historia de una imagen

Por David Pavón



La imagen de San Salvador de Bayamo, ¿quién la hizo? ¿Dónde? ¿Cuándo exactamente? No lo sabemos. Lo anónimo, al parecer, la acompañará mientras siga presidiendo el altar frente al baptisterio de Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Donato Mármol, Pedro (Perucho) Figueredo y todos los bayameses que, aún en nuestros días, escogen como parroquia para celebrar la fe a la Catedral de San Salvador de Bayamo. Por sus rasgos, deducimos que fue hecha en Asia, probablemente en Filipinas, en el siglo XVIII. Durante la colonia española no fue firmada ni datada, quizás para preservar lo venerable en la imagen.

Es la testigo silenciosa de momentos importantes de la ciudad: la Fiesta

del *Corpus Christi* de 1867, cuando la procesión con el Santísimo Sacramento fue acompañada por las notas de lo que devendría en el actual himno nacional; o la entrada de Céspedes bajo palio a la Iglesia, en calidad de presidente de la República en Armas, para la bendición de su bandera por el padre Diego José Baptista, y la entonación oficial de “La Bayamesa” por seis mujeres blancas y seis negras. Sin embargo, había que preservar la imagen del fuego de Bayamo, y sobre el hombro de cuatro mayores generales —Luis Marcano, Donato Mármol, Perucho Figueredo y Francisco Maceo Osorio— fue llevada hasta las márgenes del río Bayamo para enviarla a la Finca Santa Isabel, propiedad de Francisco Vicente Aguilera, donde fue enterrada dentro de dos cajas, una de metal y otra de madera.

Cuenta una casi leyenda que Perucho, refiriéndose a la imagen del santo patrono, mientras cruzaba el río —y me permito parafrasear—, diría: “Hasta que Cuba sea libre” (que no fuera desenterrada). Quizás para confirmar las palabras del autor del himno nacional, no se supo de ella hasta la década de los años cuarenta, cuando, perdida en el olvido, en medio de la faena diaria, un campesino la encontró y, a los pocos días, la devolvería a la parroquia mayor.

Y allí está. Una imagen de Jesús transfigurado, Salvador del Mundo, tallada en madera. Un poco corroída por el tiempo, pequeña, decorada en sus vestiduras, que en una de sus manos sostiene un orbe crucífero, como Rey del Universo que sigue invitando a la construcción del Reino, y con la otra continúa bendiciendo a la ciudad que cada 6 de agosto celebra su fiesta patronal.

Procuren el alimento que dura para la vida (Juan 6, 24-35)

Por Marlina Jiménez, ECR

El alimento es necesario para la vida del ser humano ya que brinda el beneficio de poder quedar saciado, tener fuerzas para seguir adelante en su labor cotidiana. El Evangelio de Juan nos muestra una realidad que hace parte de la humanidad, pero que Jesús quiere mostrarle a la multitud que profundicen y que no se queden con algo superfluo, sino que vean la realidad que los rodea y cómo esto marca la diferencia.

Si observamos la realidad que vive el mundo, vamos a encontrar que el pan muchas veces no es lo básico para el alimento de la persona, ya que en varios países no lo poseen ni siquiera para saciar el hambre; el pan se lo han quitado, los alimentos son menos cada día y escasos de conseguir. Las injusticias van creciendo y los pueblos se ven cada vez más marginados, sometidos a una denigración de la persona que trae consigo el hambre, la sed, la falta de vivienda, la desnudez, el desequilibrio mental, entre otros males. Son muchos los factores que van en aumento y que atentan contra la dignidad humana.

Sin embargo, el ser humano busca la manera de sobrevivir y tener algo para seguir luchando, pero el hambre no saciada suele convertirse en un mar con fuertes olas que no permite que la persona avance. La dura realidad oprime

y desgasta, causando desesperanza. Pero Jesús quiere que, de alguna manera, nos interpelemos y nos preguntemos: ¿Es necesario construir un Reino marcado por la justicia y la solidaridad? ¿Qué estoy haciendo para que el Reino sea más justo y más humano? Estos son cuestiona-

mientos que hacen parte de nuestra fe, porque qué es la fe sino un estilo de vida que incluye acciones, pensamientos, sentimientos, que nos invita a leer las señales de los tiempos y nos llama a contribuir a algo distinto para marcar la diferencia. El ser humano siempre quiere más y exige signos, pero el símbolo del pan en realidad está marcado en Jesús que nos presenta un estilo de vida distinto.

Pidámosle al Señor que nos ayude a tener claridad y no ser indiferente ante la realidad que nos rodea, que seamos capaces de brindar la ayuda necesaria al otro cuando extienda su mano ante la necesidad. El prójimo es nuestro hermano, por lo tanto, somos llamados a dar vida a los demás. ¿Dónde está tu pan? ¿Qué has hecho con tu pan?

MENSAJE
DE VIDA

Pedir gracia a nuestro Señor para que no sea sordo a su llamamiento, sino presto y diligente para cumplir su santísima voluntad».

San Ignacio de Loyola



4 de agosto, San Juan María Vianney.

Día del Párroco

“No concibo una Cuba sin Dios”

Entrevista al párroco de Esmeralda

Por Rachel S. Diez



Nunca pensó ser sacerdote. Si bien sus padres le inculcaron la vivencia activa de la fe, descartó la posibilidad tempranamente, pues soñaba con convertirse en médico. Lo tenía muy claro: “específicamente cirujano cardiovascular”.

Aunque guardaba en el pensamiento aquella frase de su entonces párroco (hoy Arzobispo de Camagüey) de que “todo joven cristiano debía preguntarse alguna vez si Dios lo llamaba a consagrarse”, no fue hasta su encontronazo con aquella película de Zeffirelli que sintió la inquietud. Dos jesuitas recorrían Cuba proyectando “Hermano Sol, Hermana Luna”, basada en la vida de San Francisco de Asís. Cuando la cinta terminó, sintió una conmoción extraña. Después vino la rebeldía contra Dios, que por años escucharon sus acompañantes espirituales, hasta aquel encuentro de jóvenes en que tuvo la brutal certeza de no concebirse fuera del sacerdocio.

Ya había avanzado hasta el tercer año de su carrera. Nunca es fácil responder a Dios si se ha proyectado la vida de un modo profundo. Aun así, su compromiso prevaleció. Cursó Teología en Roma y Psicología en Madrid, pero casi las tres últimas décadas de su vida han transcurrido en pueblos cubanos.

Sus primeros seis años luego de ordenado transcurrieron en Guáimaro, Camagüey. Al mes de estar en su siguiente destino,

Maisí, Guantánamo, el huracán Matthew arrasó su parroquia. Vio niños durmiendo en cartones, presenció la más deslumbrante geografía bailar con la más abrumadora miseria. Vio también la nobleza de gente sencilla, que no temía hablar de Dios y caminaba kilómetros para ir a misa.

Hoy es párroco de Esmeralda, también en Camagüey, donde visita 14 comunidades alejadas entre sí, que cada domingo representan más de 50 kilómetros por la cada vez más destruida carretera.

Aunque le duelen la violencia, el hambre, la opresión y la desesperanza, no para de soñar con una nación abierta a Dios y a la prosperidad. Para ella escribe en las redes sociales bajo la expresión “He estado pensando”. Sus palabras, con suficiente civismo y racionalidad, logran llevar a sus lectores a cuestionamientos profundos, preparándolos para los cambios que necesariamente el futuro traerá, sin dejar de lado el examen crítico del presente. Sobre las consecuencias de este ejercicio de franqueza responde: “Hablar, decir la verdad, tiene un precio. Callarse y hacer el juego, también. Y para mí el precio mayor de callarse es no existir”.

“No concibe una Cuba sin Dios”, porque considera que todo huyó de nosotros cuando decidimos darle la espalda al Padre. Ve en el cambio de corazón, que permite mirar la realidad de un modo distinto y tratar al otro como hermano, la mayor contribución de la Iglesia hacia la Isla. Más allá de ese reto, los compromisos con la verdad, la libertad y la caridad. Sueña una Iglesia cercana a su pueblo, una Betania que, a semejanza de aquel sitio donde Jesús se sentía bien, sea casa para todos. A donde va lo acompañan dos máximas: “Dios provee” y “La gente es buena”. Con ellas, el P. Alberto Reyes vive su vocación, desde la cual intenta servir al país y a Dios.